

Y les volvió la espalda, perdiéndose en la multitud.

El fogoso Tartarin quiso lanzarse tras de él; pero el Príncipe se lo impidió.

—Dejadlo, no vale la pena.

Y cogiendo el brazo del valiente meridional, lo arrastró consigo rápidamente.

Tan pronto como se encontraron fuera, en la plaza, el príncipe Gregory de Montenegro se descubrió, tendió la mano á nuestro héroe, y acordándose vagamente de su nombre.

—Señor Barbarin...

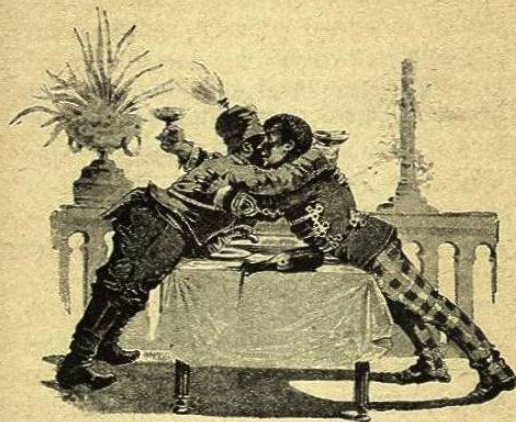
—Tartarin, deslizó tímidamente el hijo de Tarascón.

—Barbarin, Tartarin, poco importa; pero, señor mío, de todos modos, entre nosotros, y en lo que me quede de vida, queda sellada una amistad eterna... por mí al menos.

Y el noble montenegrino le sacudió la mano con feroz energía. Que piensen mis lectores cómo estaría de hueco y rebosando orgullo nuestro héroe.

—¡Príncipe! ¡Príncipe! repetía pronunciando la palabra con verdadera embriaguez.

Un cuarto de hora después, ambos se hallaban instalados en el restaurant de "Los Plátanos", agradable casa por las noches, y cuyas terrazas dan sobre el



mar. Y allí, delante el uno del otro, y ambos de una ensalada rusa, regada con lindo vinillo de Crescia, se reanudaron las relaciones.

No puede imaginarse persona más agradable que este príncipe montenegrino.

no. Delgado, con el pelo rizado perfectamente, es decir, rizado artificial, afeitada la barba, dejando el cutis apomazado á fuerza de tersura; condecorado con una serie de cruces extrañas, presentaba un aspecto singular y seductor, iluminado con el resplandor de sus vivos ojos, llenos de malicia, y animando su fisonomía con la manera insinuante de hablar el francés, con cierto acento italiano; todo lo cual le hacían parecerse á un Mazarino sin bigote. A poco de hablar con él, se advertía que era muy versado en lenguas latinas, y citaba á cada paso una sentencia de Horacio, de Tácito ó comentarios de grandes autores clásicos.

De antigua y distinguida raza, según decía, sus hermanos le habían desterrado á causa de sus opiniones liberales desde la edad de diez años, y desde entonces corría el mundo, tanto para instruirse como para divertirse, hecho un alteza filósofo... y ¡coincidencia singular! había pasado treinta y seis meses en Tarascón. Y como quiera que Tartarin se admirase de no haber tenido nunca la suerte de haberle visto, ni conocido, ni

encontrado en el paseo de la Explanada, el Príncipe repuso con cierto misterio y en tono evasivo:

—Salía muy poco.

Tartarin, por discreción, no quiso insistir, porque "todas estas grandes existencias están siempre rodeadas de algo impenetrable."

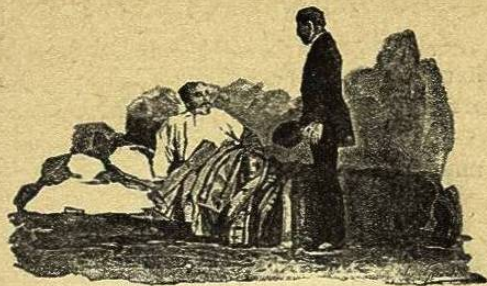
En resumen: que este príncipe Gregory era una excelente persona. Beborroteando el rosado vino de Crescia, escuchó pacientemente á Tartarin, que le refirió toda la aventura amorosa de su bella oriental desconocida. Después, como quiera que él conocía todo el país, tenía relaciones con toda clase de personas de las más distinguidas, se prestaba á investigar quién podía ser la bella, brindándose á favorecer aquellos amores, en fin, ¡qué menos puede hacer un amigo por otro!

Se bebió mucho en poco tiempo; se brindó por las bellas orientales, por las damas argelinas, por los futuros amores de Tartarin y por el Montenegro libre.

Fuera de la terraza, el mar se movía dulcemente, y las ondas sumergidas en

la sombra, batían la playa monotonamente, produciendo un ruido semejante al de trapos mojados que se sacuden al aire. El ambiente estaba cálido, el cielo cuajado de estrellas; en los plátanos cantaba un ruiseñor...

Tartarin pagó la cuenta.



X

DIME EL NOMBRE

DE TU PROGENITOR Y YO TE DIRÉ EL NOMBRE

DE ESTA FLOR

DECIDME de los príncipes montenegrinos, y al punto levantaremos la caza.

Al día siguiente de la escena de "Los Plátanos", muy de mañana, ya estaba en casa de Tartarin el Príncipe.

— ¡Pronto, pronto, arriba, vístase!... ¡Ya pareció la moza!... ¡Se llama Baia: veinte años, linda como una hada, y ya viuda!

—¡Viuda! ¡Oh qué suerte! respondió el héroe, que no las tenía todas consigo tratándose de los maridos de Oriente.

—Sí; pero muy vigilada por su hermano.

—¡Ah, diantre!

—Un moro feroz que vende pipas en el bazar de Orleans.

Momento de silencio.

—Bueno; usted no es hombre para apocarse por esto, ¡naturalmente! Además, luego conquistaremos á ese pirata, comprándole algunas pipas. ¡Vamos, pronto, vistase, feliz mortal!

Pálido, emocionado, con el corazón lleno de amor, el buen tarasconense saltó del lecho, y abrochándose de prisa su amplio calzón de franela:

—¿Qué debo hacer?

—Escribir á la dama, sencillamente, pidiéndole una cita.

—¡Sabe el francés! murmuró con tono donde se revelaba su desilusión, pues soñaba con un Oriente puro, sin mezcla de civilización europea.

—No sabe una palabra, respondió el Príncipe imperturbable. Pero usted va á

dictarme la carta, y yo la iré traduciendo á medida que vaya usted dictando.

—¡Oh, Príncipe, cuánta bondad!

Y el hijo de Tarascón se puso á pasear, midiendo la habitación á grandes pasos, silencioso y pensativo.

No se escribe lo mismo á una mora de Argel que á una modistilla de Beaucaire. A Dios gracias, contaba para salir airoso con sus múltiples lecturas, en las cuales se permitía amalgamar la retórica apache de los indios de Gustavo Aimard, con el *Viaje á Oriente* de Lamartine, y algunas lejanas reminiscencias del *Cantar de los cantares*; y con todos esos elementos, consiguió componer la carta más oriental que se puede imaginar. He aquí el principio de la epístola:

“Como el avestruz en las arenas...,”

Y concluía:

“Dime el nombre de tu progenitor y yo te diré el nombre de esta flor.”

A esta misiva hubiera querido el romántico Tartarin unir el envío de un ramo de flores simbólico, con el emblema de todas las pasiones y sentimientos, según usanza oriental; pero el príncipe

Gregory pensó que sería más discreto comprar algunas pipas al hermano de la bella, lo cual suavizaría aquel ánimo feroz, disponiéndolo á mayor benevolencia á su parroquiano, y al propio tiempo, esto agradaría también á la mora, á la que se le regalarían algunas de aquellas pipas, pues le gustaba mucho fumar.

—Entonces, corriente; vamos á comprar las pipas en seguida, exclamó en un raptó de entusiasmo Tartarin.

—No, no, dejadme: yo iré solo. Yo sacaré mejor partido...

—¡Cómo! ¿Usted va á...? ¡Oh, Príncipe, Príncipe, cuántas bondades!

Y el valiente Tartarin, enteramente confundido con la oficiosidad del montenegrino, extendió su portamonedas, recomendándole que no economizase nada con tal que la dama quedase contenta.

Desgraciadamente, el asunto, aunque bien planteado, no caminó tan de prisa como en un principio pudo creerse. Muy conmovida, á lo que parecía, de la elocuencia de la carta de Tartarin, la mora hubiera deseado, seducida de antemano por aquellos recuerdos del ómnibus, etc.,

abrir su morada á Tartarin, como ya le había abierto su corazón. Pero el hermano tenía sus escrúpulos... y para sofocarlos y hacerlos dormir allá en el fondo de



la conciencia, era preciso comprarle docenas y más docenas de pipas, gruesas, enteras, largas...

—Pero ¿qué diablos va á hacerse Baia con tantas pipas? se preguntaba algunas veces el bueno de Tartarin. Pero pagaba

sin titubear, á pesar de aquella dolorosa interrogación.

Por último, después de haber comprado montañas de pipas y esparcido mares de poesía oriental, obtuvo la suspirada, ansiada y anhelada cita amorosa.

No creo que necesito decir con qué palpitations del corazón se preparó nuestro héroe para aquella primera entrevista; con qué cuidado y con qué emoción recortó, abillantó y perfumó su barba de cazador de gorras, sin olvidar— porque es preciso preverlo todo— deslizar en su bolsillo un rompecabezas de agudas puntas y dos ó tres revólvers.

El Príncipe, siempre oficioso y servicial, acompañó á su amigo y protegido á esta primera visita, en calidad de intérprete.

La dama habitaba en la parte alta de la ciudad. Delante de la puerta, un mocillo de trece á catorce años fumaba tranquilamente cigarrillos. Era el famoso Ali en cuestión. Al ver á los dos visitantes, golpeó dos veces en el postigo, y se retiró discretamente.

La puerta se abrió. Una negra apare-

ció al punto, y sin pronunciar una sola palabra, condujo á los dos señores, atravesando un estrecho patio interior, á un



pequeño gabinete, fresco, donde la bella esperaba, recostada contra un muelle cojín y extendida sobre rico tapiz de vivos colores. Al primer golpe de vista, le

pareció á Tartarin ésta más pequeña y más recia que la de la historia del ómnibus... ¿Era la misma, en efecto? Pero esta duda no hizo más que cruzar rápidamente por el cerebro de Tartarin, como un relámpago.

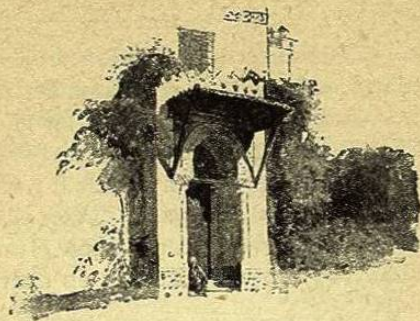
La dama era tan linda, y resultaba tan encantadora con sus pies desnudos, sus redonditos dedos de las manos cargados de cintillos, sus brazos y cuello tan sonrosados, de tez tan fina y delicada; por debajo de su corsé, recargado de adornos, bordados, lentejuelas y pedrería, se adivinaba una personilla tan redondita, tan apetitosa; el recogido de su falda aparecía tan artístico; el humo que la envolvía, como nimbo de gloria, esparcido en nubecillas del narguilé; manejaba entre sus dedos la boquilla de ámbar del aparato con tanta coquetería, que aquel conjunto resultaba de una belleza irresistible y de un atractivo embriagador.

Al penetrar en aquel adorable recinto, el tarasconense llevó las manos á su corazón lo más musulmanamente posible, y se inclinó con una reverencia que po-

cas zalemas se pueden hacer con mayor corrección arábica.

Baia le miró un momento sin decir nada; después se volvió de espaldas, y no presentó sino su blanca nuca, que bailaba como un saco de perlas agitado por los movimientos de una risa loca, contenida.





XI

SIDI TART'RI-BEN-TART'RI

Si entráis de noche en los cafetines de la ciudad alta de Argel, oiréis hablar, todavía hoy, á los moros allí reunidos, de un cierto Sidi Tart'ri-ben-Tart'ri, europeo; y escucharéis su cháchara, exornada con sonrisas, ora compasivas, ora maliciosas, y con expresivos guiños. Todavía, á pesar de los años transcurridos, no se ha borrado aquel recuerdo.